

primera esquina, y las viejecitas son echadas a la calle con su asma, sus dolores, sus camándulas y sus envidias, y la casa de tres patios y celosías de madera es incendiada. Betsabé, la solterona astuta, se refugia en la pensión de una viuda abocada a la ruina, y por allí empiezan a desfilar otro sinnúmero de personajes. Inmigrantes, estudiantes, solteronas, que van llenando la pensión con sus maneras chabacanas, cerrando el círculo de dolor de la gran familia de las pensiones.

El corredor de bienes raíces, el señor Pulido Rosas, distribuye su tiempo entre negocios imaginarios y el café rutinario con sus colegas en el café central rutina que mantiene la esperanza de recibir correspondencia de Nueva York, lugar donde transcurrió su juventud, testigo de un amor, misterioso en alguna trastienda

Amor del que ya nada se sabe y se recuerda poco.

Los demonios de la soltería, la beatitud de los habitantes del Bogotá de entonces, el frío y la amenaza de una ciudad capital que empieza a crecer desmedidamente, son el sostén de esta novela y la disculpa para recrear, una época. A través de los personajes perfilados de un solo trazo, las historias paralelas son apenas una disculpa, una herramienta de narración que permite recopilar y construir con cautela un mundo que ahora parece ajeno. Esta novela no posee técnicas narrativas sorprendentes, ni giros que a la hagan novedosa; es una novela un tanto lisa, a la cual le sucede lo mismo que a los solterones: de tanto evocar los recuerdos estos se han desdibujado y lo que queda es una ilusión confusa.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

## Aprender a leer

### *Aventura de la luna traviesa*

Robinson Nájera Galvis

Gráficas Urrá, Montería, 1993, 109 págs.

### *La vendedora de claveles*

Andrés Elías Flórez Brum

Educar, Santafé de Bogotá, 1993, 86 págs.

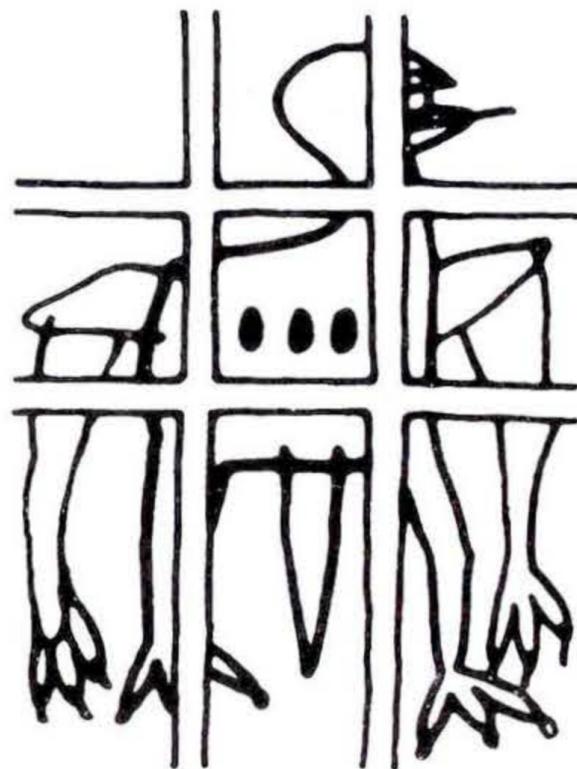
Según los resultados de las pruebas de lenguaje aplicadas por el Sistema Nacio-

nal de Evaluación, SABER, del Ministerio de Educación, los niños colombianos no saben leer. Cuando se enfrentan a un texto sólo pueden responder preguntas que tienen que ver con aspectos meramente literales. En cambio, cuando se trata de comprensión inferencial a crítica del texto, se quedan demasiado cortos! Dicho en otras palabras, los niños "repiten como loros" pero no pueden interpretar las lecturas que hacen y, por lo tanto, la calidad de su aprendizaje es mala.

Ante un panorama tan desolador como éste, nos preguntamos qué se podría hacer para que los niños y niñas de nuestro país aprendieran a leer. De sobra sabemos que la comprensión lectora es la base para poder lograr cualquier otro aprendizaje, trátase del campo del conocimiento que se trate. No es posible tener un buen desempeño en matemáticas si no entendemos los enunciados de los problemas que se nos pide que resolvamos. De igual forma, nuestro logro en ciencias sociales tampoco será satisfactorio si no accedemos a un diálogo con los autores que nos permita una reinterpretación crítica de la historia, por ejemplo. Y qué decir de la literatura (una de las pocas características que, junto con la risa, diferencia a los humanos de los animales): su disfrute sólo es posible en la medida en que logramos recorrer comprensivamente los laberintos lingüísticos a los que nos arroja. Esta enumeración podría volverse casi infinita, y la pregunta permanece: ¿Qué hacer para que los niños y niñas colombianos aprendan a leer? Quizá éste es el interrogante al que tratan de encontrar respuesta los autores de los dos textos que nos ocupan.

El primero de los textos, *Aventura de la luna traviesa*, es una colección de cuentos caracterizada por una gran profusión de imágenes, en la mayoría de los casos bastante poéticas. Sin embargo, también en la mayoría de los casos, los cuentos carecen de una trama, con puntos de tensión, que logren despertar ese interés acusado de los niños por el misterio. Por la demás, los cuentos de Robinson Nájera resumen ternura y buenos sentimientos y seguramente van a contribuir a la formación de valores humanitarios, en los educandos, tarea en la que nuestra educación colombiana también se queda corta. En el autor costeño, educador de profesión y ejercicio, se nota la preocupación por atraer a los niños hacia el mágico mundo de la literatura, y esta intención se

hace evidente en los títulos de los cuentos, tan provocativos e invitadores como el que da título a la colección. Baste poner de ejemplo tres de los títulos de estos cuentos, los cuales, así mismo, son unos de los mejor logrados: *Pasos para inventar un mar*, *Vocación de ratón* y *La niña de los dos rostros*. En lo que tiene que ver con el diseño del libro, vale la pena rescatar la tipografía, en un tamaño apto para menores de 10 años. No obstante, la diagramación y la ilustración poco tienen que ofrecer, y esto resulta preocupante en un libro dirigido a menores, el cual se ve obligado a competir con imágenes tan poderosas como las de la televisión, los juegos de video y las revistas de historietas.



*La vendedora de claveles*, novela de corte realista, segundo puesto en el concurso Enka de literatura infantil, 1989, es una propuesta interesante para acercar a los niños a dos mundos: por un lado, al fascinante mundo de la novela y, por otro, a la realidad urbana, con sus gamines que venden productos en las esquinas de los semáforos. Andrés Elías Flórez, también costeño e interesado en la enseñanza de la lecto-escritura (es coautor de libros de texto) muestra, al igual que Robinson Nájera, una aguda preocupación por motivar a los niños hacia una de las actividades más útiles y placenteras para los humanos. Tal vez la historia de la familia de la vendedora de claveles, compuesta por "dos varones, tres mujeres y un perro llamado Happy" (pág. 1), en honor del Happy Lora, resulte a ratos un poco manida, dados los lugares comunes que maneja. Sin embargo, al mismo tiempo,

resulta conmovedora y convincente y, como ya se ha sugerido antes, puede llegar a ser una buena contribución para comenzar a enseñarles a nuestros niños a leer. Por lo demás, como en el caso de los cuentos de Nájera, el libro poco tiene que ofrecer en términos de ilustración y diagramación (sigue manejando la vieja fórmula de texto, recuadro con ilustración, texto, recuadro con ilustración *ad infinitum*, lo cual lo hace demasiado plano), aunque unas cuantas viñetas arrojadas aquí y allá (lástima que siempre sea el mismo clavel), le dan cierto dinamismo a su diseño. Sería interesante que en el país se siguieran produciendo textos como éstos, con la mejoras del caso, y algún día pudiéramos decir que tenemos un país de niños lectores, dispuestos a impulsar el ingreso de Colombia al universo de la modernidad.

<sup>1</sup> Saber: Primeros resultados en la Básica Primaria, Ministerio de Educación Nacional, división de Evaluación, 1992.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

## El perro Leoncico descubrió el Mar de Sur

### El quinto viaje

Jairo Aníbal Niño

(Ilustraciones de Jorge Orduz Peralta) Tres Culturas Editores, Santafé de Bogotá, 1992, 205 págs.

Cuatro fueron los viajes del almirante. Su relación la encontramos escrita en el *Diario de a bordo*. El quinto viaje quedó en el deseo de los habitantes de estas tierras con la ilusión de que las cosas hubieran sido diferentes. Un sueño trunco, una verdad acallada dejó su huella en la vaga memoria de la historia. Quinientos años después volvimos la mirada y muchos sintieron que quedó un viaje pendiente: el quinto viaje.

Jairo Aníbal Niño y Jorge Orduz, en compañía de otros tripulantes, decidieron embarcarse y realizar una travesía imaginaria en la cual se pudieran tomar todas las revanchas: otorgarle el descubrimiento del Mar del Sur, no a Balboa

sino a su perro Leoncico; pedirle al cacique que escondiera su colosal canoa en la que planeaba salir a explorar un nuevo mundo; pintar en claroscuro la visión mítica y profética del indio viejo de una gran noche que les daría la libertad; recrear la misma situación de Colón y sus marineros pero en un viaje intergaláctico que terminara con el descubrimiento del planeta azul.

El *quinto viaje* atraviesa las coordenadas del tiempo y el espacio, y se ubica en un imaginario posible.

Los personajes van surgiendo, anónimos o reconocidos, para tomar otro lugar. Juan de la Cruz y Teresa de Ávila se transforman en pájaros cantores del paraíso. El español Pascual Beltrán se deja domar el corazón por un curandero indio. Personajes y situaciones históricas se recrean con la gratuidad y el placer del juego imaginario.

El *quinto viaje* es, como lo califica Augusto Pinilla en el prólogo, un licor de la imaginación.

Tornar el libro y hojearlo es ya un deleite de los sentidos.

Entrar a ese mundo de la recuperación simbólica de la historia a través de las pinturas de Jorge Orduz, invita a detenerse.

Es un libro que llama primero a ser mirado. Cada lámina es una sugerencia a habitar un mundo fantástico no exento de referentes reales.

Los símbolos de los dos mundos, el antiguo y el nuevo, se yuxtaponen, creando una nueva realidad: una carabela cargada de plantas del nuevo mundo; una palmera cuyas ramas son lagartos rodeada por una serpiente; mujeres brotando de una mazorca; la nave romántica de un pirata jardinero; una serpiente compuesta de frutos tropicales; una carabela en un viaje por el espacio.

Son imágenes sobrepuestas en el libro recreando los diferentes textos, que presentadas como una obra conjunta nos dan una visión pintoresca del Nuevo Mundo.

Las láminas son pintadas con técnicas mixtas e impresas sobre papel kimberly de 120 gramos.

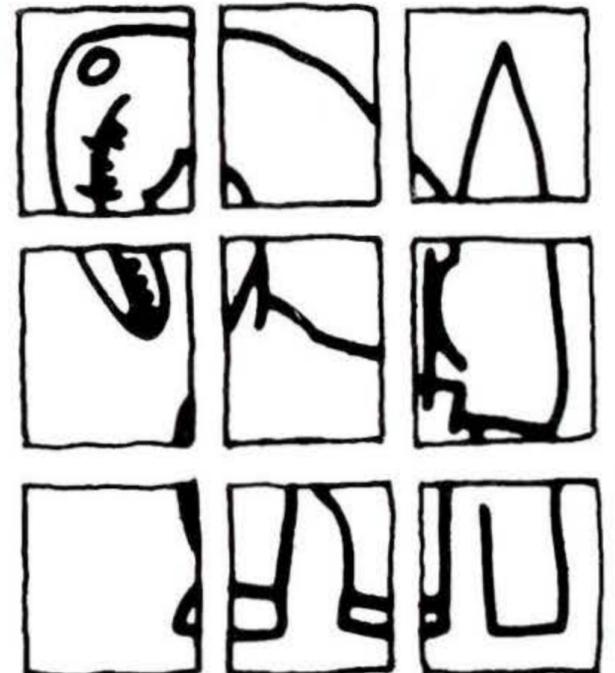
Los textos son independientes entre sí. Cada uno está escrito de manera autónoma: puede ser una historia, un poema, una viñeta, pero todos en conjunto comparten el mismo universo, fruto del encuentro imaginario entre dos mundos y dos culturas.

Detrás de *El quinto viaje* se perciben lecturas anteriores, con personajes y he-

chos reseñados por la historia. Esto no quiere decir que sea un libro con pretensiones históricas. Es un viaje que trasciende cualquier intención cronológica o de veracidad y se ubica en el plano puramente simbólico.<sup>1</sup>

Sin embargo, esta simbología no es ajena al deseo de subvertir el orden en que se dieron los acontecimientos históricos o, al menos, la manera como nos fueran contados. Y aquí estaría lo más refrescante del libro. Es como convencernos de que para la imaginación no hay nada imposible. Por qué no soñar con que de este lado del océano también se estaba explorando la posibilidad de llegar a otros mundos. Por qué no sonreír imaginando que don Juan Tenorio es engañado por una india, quien en la misma noche de bodas lo abandona dejándole de recuerdo su camisón colgado de una rama.

Imaginar a un burro de nombre Marubare, todo un personaje, formando parte de la expedición comandada por Gonzalo Jiménez de Quesada y participando de la fundación de Santafé de Bogotá, pero cuyo trágico a irónico final es el de servir de alimento a los expedicionarios. O jugar con la posibilidad de que, mil años después del descubrimiento de América, un astronauta chino, al servicio de la Confederación Intergaláctica, encuentre El Dorado en el fondo de un cráter de la luna.



*El quinto viaje* está escrito en lenguaje poético pero con construcciones narrativas coherentes. Es un libro en el que se puede reconocer el estilo de su autor en sus mejores momentos: imágenes traídas del paisaje natural, diálogos fluidos y precisos, una prosa pausada y elegante,